

El emplazamiento de Munda

POR

FRANCISCO VALVERDE Y PERALES

Correspondiente de la Academia de la Historia y Bellas Artes de San Fernando (18-1-1904). Académico de la de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba (11-11-1900).

El autor de la "Historia de Baena" que vió la luz el año 1903, dejó inédito este artículo, que la familia nos cede generosamente, para que se publique a título póstumo, y que insertamos con sumo gusto, tanto para honrar la memoria del excelente historiador baenés, cuya "Historia" se reedita estos días por la Diputación Provincial de Córdoba, cuando por rectificar noblemente un criterio, que encierra gran interés para la Historia Universal, de uno de cuyos episodios trascendentes fue escenario la tierra cordobesa.

Al describir los historiadores el episodio más culminante de la guerra civil sostenida en la Bética entre Cayo Julio César y los hijos del gran Pompeyo, han mostrado todo singular empeño en señalar el emplazamiento de la ciudad de Munda y el campo donde se dirimió la contienda con la encarnizada batalla del mismo nombre.

También nosotros, al escribir la "Historia de la Villa de Baena", hubimos de separarnos algo del objeto de nuestro libro para hablar de los sucesos de aquella campaña, porque desarrollados, en parte, en terrenos

que hoy pertenecen al término municipal de la citada villa, era lógico narrarlos, aunque las circunstancias no nos permitieran entonces hacer un estudio tan detenido y concienzudo como el argumento reclamaba. Llegamos, sin embargo, como resultado de nuestras investigaciones, a dar por sentadas las conclusiones siguientes: 1.^a Que el teatro de las operaciones se circunscribió, por regla general y hasta que se dió la renombrada batalla, a la cuenca del Guadajoz, donde estaban enclavadas las poblaciones de Ategua, Ucubi, Ituci y otras de menor importancia, entre las cuales se encontraba Munda; razones por las que suele designarse aquella guerra con el nombre de "Campana del Salso" y 2.^a Que no se encuentra en todo aquel territorio campo alguno que convenga a la descripción de Hircio como lugar de la batalla si no son los Llanos de Vanda que cuadran perfectamente con aquella descripción y están situados entre Montilla, Espejo y Nueva Carteya.

En opinión de algunos historiadores modernos la actual ciudad de Montilla corresponde a la Munda pompeyana, y esta opinión, admitida algo a la ligera fue la que también seguimos nosotros, aunque con ciertas reservas, por ser la que hasta hoy más se aproxima a la verdad.

Los estudios que después hemos realizado minuciosamente, nos han convencido de que Montilla no es la sucesora de Munda, pues el asiento de esta ciudad yace hoy desierto y borradas casi por completo de la superficie del suelo las ruinas de sus magníficas construcciones que, aun no hace dos siglos, se ostentaban al descubierto causando la admiración de los que llegaron a contemplarlas en toda su desolada grandeza.

El pugilato, por decirlo así, entablado por los escritores antiguos y modernos para fijar el asiento de Munda ha producido tal diversidad de opiniones, que hay para todos los gustos: en Monda, en Monturque, en Guisando, en Ronda, en Ronda la vieja, en varios puntos de la provincia de Jaén, de Sevilla, de Cádiz y hasta de Portugal la han colocado sus panegiristas, creando así una confusión tan completa, que el lector para saber donde estuvo Munda se dedique a consultar esos múltiples y contradictorios trabajos, solo sacará de ellos la duda de si Munda existió realmente o se trata de una ciudad fantástica, que a modo de los palacios encantados de la Mil y una noches, se transportaba en un instante de unas zonas a otras. Por fortuna, se ha ido desechando en los últimos años, tan infundadas opiniones y es ya el común sentir que a Munda hay que buscarla dentro de la provincia de Córdoba, en el terreno comprendido entre el Genil y el Guadajoz.

La fútil razón de la semejanza de dos nombres, bastó a extraviar el

claro juicio de escritores tan eminentes como Ambrosio de Morales, el Padre Mariana, Rodrigo Caro y otros, que pusieron a Munda en el lugar que hoy ocupa un pueblecito de la provincia de Málaga llamado Monda, afirmación que no resistió después la más ligera crítica.

Unas inscripciones halladas en Ronda, alteradas por el tiempo o por la malicia, si no eran apócrifas, bastaron también para que otros autores admitieran y proclamaran con más tesón que buenas razones que a Ronda corresponde el honor de asentarse en el mismo sitio en que se asentara la celebérrima ciudad. La inscripción de uno de los toros de Guisando inclinó el ánimo de otros a creer que Munda estuvo situada en la provincia de Madrid, cerca de Cadalso, opinión cumplidamente rechazada por el erudito D. Nicolás Antonio en su "*Censura de historias fabulosas*".

Un error de copista, tan frecuentes en los documentos antiguos, hizo aparecer en el texto de Hircio la palabra Hispalim donde, quizás, debió escribirse *Ipagrim*, y este pequeño error sirvió de fundamento a otros escritores para transportar a Munda desde las campiñas cordobesas a la provincia de Sevilla y llevar tras ella a los ejércitos beligerantes para que allí riñeran su decisiva batalla. Y por último, para no hacer la lista más extensa, citaremos a los señores Oliver y Hurtado que en su *Munda Pompeiana* colocan esta ciudad en la serranía de Ronda, en unas ruinas que, según se ha comprobado después, son las de la romana *Acinipo*.

Otro pecado hay que cargar también a la cuenta de los historiadores y es la facilidad con que, sin pruebas suficientes, daban por sentado, como los señores Oliver, que tales o cuales correspondían a tal cual ciudad desaparecida, y que el pueblo hoy conocido por D. es el mismo que los geógrafos antiguos citan con el nombre de B. Admitidas como buenas esas afirmaciones por otros escritores, sin examen previo, fueron el punto de partida de nuevos errores que han aumentado la obscuridad en que se encuentran algunos sucesos del pasado.

Tal nos ocurrió a nosotros al admitir en nuestra *Historia de Baena*, como verdad probada, que las ruinas que se observan en el Monte Horquera, conocidas por la "Torre del Puerto", son las de Soricaria, porque así tuvieron a bien afirmarlo gratuitamente, el P. Nuarco, Cea Bermúdez y Medina Conde, perjudicando nuestras investigaciones con la mal entendida confianza depositada en ellos.

Concretando ya nuestros razonamientos a la batalla de Munda, nos hallamos con que casi todos los historiadores que han tratado de ella, no sólo eran ajenos a la profesión militar sino que consultando en sus gabinetes textos viciados y contradictorios, sin haber recorrido nunca el cam-

po en que maniobraron los dos ejércitos, movieron éstos a su capricho embrollando más y más el asunto.

Alardes de erudición, como en la "Munda Pompeiana", se han hecho en algunos de esos trabajos, pero esa erudición no basta para escribir de tales sucesos, es necesario también saber logística y estrategia y aun sabiendo mucho de ellas, no habría militar que se atreviera a marcar sobre un plano las etapas y evoluciones que pudo haber realizado en tiempo pretérito un ejército en campaña, sin adquirir antes un exacto conocimiento de la topografía y circunstancias especiales del terreno en que aquel maniobrara. No es pues, de extrañar que los escritores no profesionales hayan transportado aquellos grandes ejércitos, con sus enormes impedimentas, por territorios a veces impracticables y en cortos plazos, a largas distancias, como si fueran por artes mágicas conducidos.

Dos escritores militares, ambos de reconocida competencia, hay que exceptuar de cuanto dejamos dicho: el Comandante Sánchez Molero de nuestro Estado Mayor y el Coronel Stoffel del ejército francés, los cuales, después de minuciosas y prácticas investigaciones, concluyeron afirmando: el primero, que el asiento de Munda ha de encontrarse precisamente entre el Genil y el Guadajoz; y el segundo, que la batalla de Munda no pudo darse en otro sitio que los llanos de Vanda (*Histoire de Julio César-Guerre civile-par le Colonel Stoffel-Paris 1888*).

Ambos jefes están en lo cierto y es lástima, que como complemento de sus afirmaciones no nos hayan indicado, siquiera como cosa probable, cual fuera el asiento de la tan buscada ciudad. Justo será también unir a los nombres de los dos anteriores el del erudito Pérez Bayer que, aunque de paso, visitó el teatro de la guerra, y como precursor de Sánchez Molero y Stoffel, emitió razonado juicio afirmando que Munda debió estar situada en las inmediaciones de Monturque, entre "el Genil y el Guadajoz".

La múltiple variedad de opiniones, de que dejamos dada ligera muestra, basta por sí sola para hacer desconfiar al más crédulo de cuanto se ha dicho respecto del asiento de Munda, y sin poner en duda la buena fe de los autores, es lo cierto, que todos ellos, excepto los tres últimos, han contribuído grandemente a embrollar un asunto que si se hubiera estudiado desde luego, sin pasión y sin prejuicios, por una comisión de militares y arqueólogos, no hubiera ofrecido dificultad alguna, como creemos que hoy tampoco lo ofrece, y a ese fin vamos a encaminar éste nuestro modesto trabajo.

HIRCIO, PLINIO, ESTRABON

Dejemos ya a un lado esa numerosa cohorte de escritores, antiguos y modernos, más o menos sabios, más o menos apasionados, más o menos verídicos, que buscando un fin de antemano preconcebido, han violentado textos y desconjuntado pasajes históricos (1) hasta crear ese confuso laberinto en que se oculta Munda y volvamos los ojos a esas primeras fuentes de la Historia que se llaman Hircio, Plinio y Estrabón, seguros de que ellas nos han de conducir, como por la mano, a las puertas de la celebrada ciudad. El gran naturalista nos dice, al citar las colonias inmunes de Tucci, (Augusta Gemella, hoy Martos); Ituci, (Virtus Julia, hoy ruinas situadas a 12 kilómetros de Castro del Río, conocidas por Torres de las Vírgenes); Attubi o Ucubi, (Claritas Julia, hoy Espejo) y Urso, (Gemina Urbanorum, hoy Osuna) que entre ellas estuvo Munda.

Oigamos ahora a Estrabón en el libro III, capítulo II de su Geografía: *España Turdetana*, donde nos dice que los hijos de Pompeyo pelearon en Munda, Apetua, Tuccis, Ulía y Ategua, lugares no distantes de Córdoba, de los cuales era, en cierto modo, la metrópoli Munda.

Tan claras y terminantes son las anteriores noticias para fijar el asiento de Munda que no se concibe como los escritores que vinieron después extraviaron sus juicios de manera tan lamentable, buscándola en territorios apartados de Córdoba y muy lejos de Montemayor (Ulía), Espejo, Ategua, que estuvo situada a dos millas del Guadajoz, frente a Ucubi e Itucci, donde en 1833 se halló el famoso columbario de la familia Pompeya y están en pie todavía la renombrada fortaleza y muchos restos arquitectónicos que atestiguan su glorioso pasado.

Otra importante razón, tenida en cuenta por muy pocos autores, se desprende de las anteriores citadas y es, que Munda debió sobrevivir pocos años a su derrota, pues tanto el naturalista como el geógrafo hablan de ella en tiempo pretérito: "entre los cuales estuvo Munda" dice el primero; "de las cuales era en cierto modo, la metrópoli Munda", añade el segundo. Estas razones son claras y terminantes y a ellas puede añadirse lo que, una buena lógica aconseja y es, que si Munda hubiera sobrevivido a su desgracia, dada su gran importancia histórica, no se hubiera borrado tan fácilmente su situación de la memoria de los hombres. Su suerte se decidió el día de la batalla, la misma que tocó a Ategua, ambas cayeron vencidas, fueron despojadas de sus riquezas, arrancados de su seno como prisioneros todos los que no sucumbieron en la lucha (catorce mil prisioneros sacó César de Munda) y al fin, aniquiladas en absoluto, por sus

implacables vencedores, en castigo de su rebeldía y heroica resistencia, mientras ciudades más pequeñas, que se entregaron a César sin resistirle, lograron escapar incólumes y hoy siguen existiendo.

También abona nuestra creencia, con indicio de gran peso, el geógrafo Ptolomeo que no hace mención de esa Munda en parte alguna de su *Cosmografía*, escrita al mediar el siglo II de nuestra Era; omisión significativa que no puede achacarse a olvido tratándose de tan renombrada ciudad, cuando en aquella obra se citan otras, menos importantes que la rodearon y que hasta tuvieron de ella cierta dependencia. Lo mismo puede decirse del *Itinerario* llamado de Antonino que no la menciona en vía alguna de las que cruzaban la Bética.

Muchas coincidencias son las que dejamos narradas para no admitirlas como prueba concluyente de que Munda dejó de existir en tiempo de César para no volver a levantarse.

Sabido es también que, por encontrarse ilegible el texto de Estrabón en el pasaje donde narra la distancia separada a Munda de Carteya, han convenido en reducirla los más expertos críticos a 1.400 *estadios* (180 metros el estadio): ahora bien si la ,destruída ciudad se encontraba, como venimos demostrando, próxima a Espejo, Monturque, Aguilar y Montilla, tomemos como término de comparación la distancia que separa a esta última ciudad de Algeciras, por ferrocarril, que es la de 252 kilómetros, puede sin grandes escrúpulos considerarse a Munda bien situada entre las citadas poblaciones. La coincidencia de esa medida no debe, sin embargo, estimarse por sí sola, como dato de gran fuerza, pues aparte las dudas ofrecidas por el texto griego, son muchas las poblaciones que pueden distar de Carteya 1,400 estadios.

El haber fracasado tantos y tan distinguidos escritores en el empeño de buscar a Munda, se ha debido, principalmente, a no tomar como seguras guías a esos antiguos historiadores y geógrafos, porque habiendo sido ellos casi contemporáneos de los sucesos no pueden refutarse sus afirmaciones con autoridades de igual valía ni hay razón alguna que eautorice a tacharles de sospechosos ni de mal informados.

Abremos ya el libro de Hircio y busquemos la página en que presenta acampados en las márgenes del Guadajoz los ejércitos beligerantes: César a la derecha, estrechando el cerco de Ategua y Pompeyo a la izquierda, apoyado en su plaza de Ucubi, mirando impasible como los sitiados agotan todos sus medios de defensa y se rinden al cabo sin que su inexperto general acuda a socorrerlos. Sigamos leyendo con prólija atención el texto del verídico militar, testigo de los sucesos, sin perder

el más pequeño detalle, pues de este escrupuloso detalle depende, a veces, el buen acierto del historiador que ha de confeccionar su obra con materiales tomados de libros y documentos ajenos. Algunas lagunas y omisiones hemos de encontrar en el interesante relato que interrumpen el buen enlace de los hechos pro, no acudiremos, para salir del paso, al cómodo procedimiento de rellenarlas sentados en nuestra mesa de despacho, porque eso sería seguir el mismo camino en que se han extraviado tantos insignes escritores: montaremos a caballo y con la perspectiva del terreno a la vista y las enseñanzas del arte militar en la memoria, procuraremos subsanar las deficiencias del texto, que de ello sean susceptibles, hasta llegar, paso a paso, si la buena ventura nos acompaña, a ponernos ante las puertas de Munda.

Colocados en el altísimo cerro donde se asienta Espejo, la sucesora de Ucubi, dominamos extenso panorama a los cuatro vientos, y tenemos a nuestros pies el teatro de las operaciones. “Es el país montuoso y propio por naturaleza para operaciones militares”, dice Hircio, y este detalle, que conviene no olvidar, nos ha de servir de mucho para llegar a conclusiones acertadas.

Rendida ya Ategua levanta Pompeyo su campo y emprende una jornada, no difícil ni larga, para llegar a los olivares de Ipagrim donde acampa sin ser molestado: vuelve luego hacia Ucubi y ordena a la guarnición que incendie la ciudad y se incorpore a los reales mayores de su campo, donde lo deja Hircio para decirnos que César ha emprendido también la marcha hacia *Ventisponte*, población que todos los escritores fijan en las márgenes del Genil, de la cual se apodera sin dificultad, tomando inmediatamente el camino de *Cárruca* para llegar el mismo día que sale de ésta a los campos de Munda.

La operación que César realiza no es ni fácil ni breve, para ser referida en cuatro palabras y el laconismo con que aparece relatada en el texto induce a creer que no está completo, pues se aparta considerablemente de la manera minuciosa y detallada con que Hircio va refiriendo los sucesos más insignificantes de la campaña. Hay, pues, que rellenar esa laguna teniendo a la vista la topografía del terreno y las lógicas deducciones que se desprenden de la ciencia militar aplicables, entonces como ahora a todo ejército que, en las mismas circunstancias, hubiera de realizar tales operaciones.

Tres caminos pudo seguir César para llegar a Vestisponte: el primero y más corto era subir la margen del Salso hasta Castro del Río, muy distante de Ategua, pasar a la otra orilla y tomar allí la vía de Ega-

bro (hoy carretera) remontando las alturas occidentales del Horquera y siguiendo luego por terrenos fértiles y abiertos a buscar el Genil; pero, como en este camino se ha adelantado Pompeyo que, a la derecha y cerca de él ha puesto su campo, sobre Ipagrim, y se abren a la izquierda las imponentes cumbres del Horquera fortificada y defendidas por la amurallada ciudad que allí se asienta, de la cual nos ocuparemos más adelante, hubiera sido temeraria empresa aventurarse a una marcha de flanco entre peligros tan conocidos como inevitables. Otra vía pudo César seguir por su flanco derecho pasando desde Ategua a Montemayor, La Rambla y Montalbán que le llevara, por terrenos poco accidentados, a dar sobre Ventisponte; pero, al internarse en tal terreno se encontraría colocado también en peligrosa situación, aislado de sus plazas, y con el Guadalquivir al flanco derecho, a Ipagrim con Pompeyo en el izquierdo, Córdoba a retaguardia y el Genil al frente: si el enemigo se decidía a atacarle por el flanco en tales circunstancias las consecuencias hubieran sido, probablemente, desastrosas para los cesarianos. Por último quedábale una tercera ruta, más larga, más segura y con pocas dificultades que vencer: subir el Guadajoz hasta su confluencia con el Marbella, más arriba de Castro del Río, y continuar por la fértil y fácil vega que el citado Marbella fecunda, hasta Iponuba (2), donde encontraría la vía romana que desde Obulco conducía a Egabro pasando alturas del Horquera hasta llegar a la garganta que forman las últimas estribaciones de este monte con las primeras de la Sierra de Luque, por donde hoy cruza el ferrocarril de Puente Genil a Linares, y desde allí, continuar en dirección paralela a éste hasta las cercanías de Ventisponte.

Entre los tres citados caminos, nos parece el último el más aceptable porque a las ventajas de no ofrecer dificultades graves a la marcha de las tropas, reúne la abundancia de aguas y, lo que es más importante, el realizar aquella peligrosa maniobra a tal distancia del enemigo, que anulara todo peligro de ser atacado por el flanco.

Rendida Ventisponte, dice Hircio, "tomó César el camino de Carruca y acampó enfrente de Pompeyo". He aquí el primer testimonio que nos presenta el verídico historiador de que César ha retrocedido en su marcha; porque nada autoriza a suponer que Pompeyo haya levantado su campamento de los olivares de Ipagrim donde le dejamos: Hircio no hubiera omitido, en manera alguna, noticia tan importante como el cambio de situación de aquel numerosísimo ejército, y como el sitio donde acampaba no dista del Genil más de 25 o 30 kilómetros, es lógico que

César, al rendir su primera jornada, camino de su antiguo campo, sentara sus reales en sitio fronterizo al que ocupaban los pompeyanos.

“Desde Carruca, continúa Hircio, siguió César su marcha y llegando al campo de Munda puso su real frente al de Pompeyo”. Porque, como arriba dijimos, “todo este terreno es montañoso y metido entre cerros sin que ninguna llanura los separe”. Esta sencilla y clara manifestación de Hircio es la clave que nos muestra a Munda colocada en las cercanías de Espejo y de Ategua porque, no habiendo aludido en toda su obra, de cerca ni de lejos, a otros terrenos que a los de los términos de aquellas ciudades es evidente que a ellos vuelve a referirse, que el ejército de César se ha situado nuevamente en los campos que se extienden al sur de Ucubi frente a las primeras estribaciones del Monte Horquera.

Los días empleados por César en esta marcha de regreso cuadran perfectamente con la distancia recorrida, (unos 90 kilómetros) porque estando tomada Ventisponde para el diez de marzo y emprendida la marcha el once, pudo bien, aunque descansara un día en Carruca presentarse en los Campos de Munda, a rendir la última jornada el día 16.

Ocioso nos parece consignar, porque es rudimentario en buenos principios militares, que los movimientos de César fueron espiados y seguidos atentamente por Pompeyo el cual, viendo aparecer de nuevo a sus contrarios en los campos de Ucubi ejecutó una ligera maniobra para darles frente, colocando su ejército sobre las alturas que se levantan al sur de los llanos de Vanda, que corren paralelos a éstos con dirección a Montilla. Tal era la situación que ocupaban los ejércitos enemigos al amanecer el día 17 de marzo del 45 a. C. “Mediaba entre ambos ejércitos, dice Hircio, una llanura de cerca de cinco mil pasos” (1) de suerte que las tropas de Pompeyo estaban al amparo de dos defensas, la situación elevada de la ciudad y la naturaleza del terreno. Desde aquí empezaba a extenderse la llanura cortada por un riachuelo que hacía muy difícil el ataque de su campo porque corría hacia la derecha dejando el terreno pantanoso y lleno de concavidades. César, al ver formado un ejército no dudó que avanzaría hasta la mitad del llano a dar la batalla. Favorecía el paraje con la llanura al manejo de la caballería: avanzaron los nuestros en ademán de acometer pensando que harían lo mismo los enemigos, pero éstos no se atrevían a separarse más de una milla de la fortificación de la plaza, resueltos a pelear al amparo de sus murallas. Los nuestros fueron avanzando más y entre tanto la ventaja del sitio convidaba a los enemigos a pretender con tan buena proporción la victoria; mas, con todo, no se movían

un paso de su resolución de no alejarse de su puesto ventajoso y de la ciudad. Habiendo llegado los nuestros al terreno desigual, al cabo de la llanura, estaba prevenido el enemigo del otro lado en puesto ventajoso, y era muy expuesto el llegar a terreno más elevado. Advertido esto por César, para no emprender temerariamente un lance aventurado por falta suya, señaló el terreno hasta donde sus tropas tenían que avanzar. Esta detención hizo más animosos a los contrarios pensando que las tropas de César sentían miedo de venir a las manos, y engreídos con esta opinión se fueron exponiendo a un terreno menos ventajoso, pero, donde todavía no podían acercarse los nuestros sin grave peligro. Tenían su puesto los decumanos en el ala derecha: en la izquierda formaban las legiones tercera y quinta y también las tropas auxiliares y la caballería. Al fin, trabose la batalla con grandes clamores. Aunque los nuestros eran superiores en valor, se defendían los contrarios acérrimamente con la ventaja del terreno y unos y otros levantaban gran vocerío dando valientes embestidas para dar sus descargas, de muerte, que casi desconfiaban los nuestros de la victoria. Dijimos arriba que ocupaban el ala derecha los decumanos, los cuales, aunque pocos, por el exceso de su esfuerzo atemorizaban mucho a los contrarios y los iban apretando tan fuertemente que para reforzarlos, si los nuestros los atacaban por el flanco, se empeñó en mover una legión, cargó la caballería de César sobre el flanco izquierdo de los enemigos (1) que sin embargo, se defendían con el mayor esfuerzo y de modo que no quedaba arbitrio en el campo para socorrer a unos y otros. Así que mezclados los gritos con los gemidos y resonando a un mismo tiempo el batir de las espadas llenaban de terror los ánimos de los no experimentados. Al cabo, principiaron los nuestros a retirar por el campo a los contrarios aunque peleaban con mucho esfuerzo, a quienes sirvió de amparo la ciudad. En el mismo día de las fiestas de Baco no quedara hombre vivo si no se hubieran refugiado en el mismo paraje de donde salieron”.

Pocas veces habrá colocado la fortuna frente a frente, mandando poderosos ejércitos, a dos generales de más desiguales condiciones. De una parte, la edad madura y experimentada, el genial arranque estratégico, la actividad pasmosa, el valor mil veces probado y un muy grande prestigio personal; de la otra, la juventud inexperta, la indecisión en acuerdo, la tardanza en la maniobra, el aplazamiento de la oportuna arremetida y el prestigio personal escaso. Con tales factores no es de extrañar que César diera, en tan breve tiempo y a tan poca costa, por vencida y deshecha una insurrección que tan imponente y amenazadora

se mostró en su principio. Bien pudo el afortunado caudillo pronunciar entonces la frase que se le atribuye al entablar comparaciones entre el Gran Pompeyo y su hijo, diciendo que en la batalla de Farsalia había vencido a un general sin ejército mientras en la de Munda había derrotado a un ejército sin general.

Declarada la victoria por los cesarianos, huyó del campo de batalla con algunos caballos a Córdoba, el joven Valerio y dio cuenta del desgraciado suceso a Sexto Pompeyo que se encontraba en esta ciudad; Sexto, al saber la infausta noticia, repartió el dinero que tenía entre los caballeros que le acompañaban y salió de la plaza a eso de las nueve de la noche diciendo a los naturales, que iba a tratar con César de amistoso arreglo.

Este rápido viaje de Valerio es otra prueba de la proximidad de Munda a Córdoba. Los Llanos de Vanda distan de esta ciudad unas seis leguas que bien pudo aquel recorrerlas en cuatro horas, puesto que las graves noticias de que era portador le obligaban a suma diligencia, y como la batalla empezó con las primeras del día y su desarrollo fue constante, pudo resolverse en cinco o seis horas de lucha, y por tanto, emprender Valerio su marcha a la una de la tarde, y llegar a Córdoba a las cinco, quedando todavía a Pompeyo cuatro horas para disponer su marcha aquella misma noche. Así se desprende la narración de Hircio, que no tiene solución de continuidad, pues, de tenerla, hubiera empezado como acostumbra siempre las frases: *al siguiente día, a la siguiente noche...*

Dejamos ya el libro del general cesariano y saquemos de su lectura los comentarios que lógicamente se desprenden para el objeto que perseguimos en lo nuestro.

Colocándonos en el campo de César, dando la espalda a Ucubi, vemos en primer término, a nuestro frente, una extensa llanura como de ocho kilómetros de ancha y al final de ella, ábrense las primeras estribaciones del Monte Horquera, paralelas al llano, que se van elevando rápidamente hasta alcanzar una altura de 815 metros sobre el nivel del mar, en el sitio conocido por Torre del Puerto. El gran monte resulta en su posición perpendicular a las Sierras de Luque, de las que arranca con dirección al Oeste, para ir luego descendiendo y terminar en los valles que les separa de la sierra en que se encuentra Montilla. El riachuelo Carchena, que tiene su origen entre Doña Mencía y Zuheros, corre en la misma dirección y pasando por Nueva Carteya entra luego en la citada planicie, conocida por los Llanos de Vanda, la cual

parte en toda su longitud. A nuestra derecha y como a unos diez kilómetros de distancia, se ve, sobre un cerro no muy elevado, a Montilla y a nuestra izquierda se destaca, muy encumbrada, una vieja torre cercada de ruinas, que es la que ya hemos nombrado por Torre del Puerto. Desde estas alturas y descendiendo hacia el Carchena se descubren numerosas casas de campo que blanquean entre el negro verdor de feracísimos olivares, plantados al mediar el siglo XIX sobre un terreno que cubrieron antiquísimos encinares y malezas habitados, en miserables chozas, por unos centenares de familias de remoto y desconocido origen, que fueron obligados a dejar sus guaridas y su vida semisalvaje por los años de 1820, para formar la hoy floreciente villa de Nueva Carteya en unión de otros colonos venidos de las poblaciones circunvecinas.

El ejército Pompeyano formaba en las primeras alturas del enunciado monte que tenemos en frente, apoyándose en la ciudad de Munda, pero, tan cerca de ella, que, según el relato de Hircio, no consintió en separarse a más de una milla de sus murallas. No nos dice el historiador si el contacto del ejército con Munda era por uno de los flancos o por el centro y este punto, que es de gran interés, conviene deducirlo estudiando el terreno y los datos que la misma narración suministra. No existe hoy en las inmediaciones de aquel campo otra población que Montilla, pero ésta se encuentra separada de él por una distancia no inferior a diez kilómetros de terreno accidentado, con profundas cañadas y aislán por completo, la altura en que se asienta la ciudad de la que ocupaban los pompeyanos, circunstancias para hacer imposible el apoyo material en ella, según lo pinta Hircio. Hay, además, otra poderosa razón para negar la posibilidad de que Montilla fuera Munda: cuando el éxito de la batalla llega a ser dudoso y Pompeyo manda reforzar con una legión su flanco izquierdo, que empieza a ceder ante los decumanos de César, éste lanza su caballería sobre aquel flanco y con briosa carga arrolla y persigue a sus enemigos hasta que les obliga a refugiarse dentro de los muros de la ciudad; interpuesta así la caballería cesariana, entre los de Montilla y los de Pompeyo, es evidente que al arrollar a éstos, los impulsó y llevó precisamente en dirección contraria a la en que Montilla se encuentra.

Examinados los terrenos que ocupó el ejército vencido no se encuentran en él ruinas ni vestigios importantes que denuncien la pasada existencia en ellos de una gran ciudad, pero corramos hacia el flanco derecho, con dirección a la mencionada Torre del Puerto, y en toda la falda del monte hallaremos numerosos restos de construcciones romanas

tan notables algunos, como los llamados Corralillos y Cuevas de Segueira, formadas las primeras por largas paredes de mortero romano y las segundas por amplias galerías subterráneas abovedadas ya interrumpidas, en su largo trayecto, por hundimientos del terreno.

Estas ruinas que se extendieron mucho hacia el Este, permanecieron insepultas XVIII siglos, pregonando su monumental origen, hasta que para la construcción de mil casas en Nueva Carteya y otras muchas de labor esparcidas por aquellos parajes, se fueron aprovechando sus materiales y deshaciendo sus últimos restos, tarea que han ido completando los labradores al convertir en campo esmeradamente cultivado el que fue páramo cubierto de encinares y arruinados edificios.

No pretendemos ser creídos bajo nuestra palabra y para corroborar las antedichas razones citaremos el testimonio de dos escritores nada sospechosos que no se copiaron el uno al otro ni se propusieron dada la índole de sus obras, conservar la memoria de las grandiosas ruinas que llegaron a contemplar ni se molestaron poco ni mucho, en averiguar el nombre de la ciudad a que pertenecieron. Fue uno, el poeta baenense Miguel de Colodrero que publicó en 1639 un tomo de poesías titulado "El Alfes y otros asuntos (1) y en él se encuentra una composición donde el autor nos va describiendo los paisajes abruptos y montuosos del Horquera y nos retrata, en los siguientes versos, el lastimoso espectáculo de las imponentes ruinas que se extendieron por la vertiente norte de las cumbres en que se asienta la mencionada Torre del Puerto:

*Mira esos pechos donde el tiempo esquivo
más edificios allanó que encinas
cubren la falda deste cerro altivo;
contempla espacioso sus ruinas
y verás que te dice cada piedra
que vivo polvo a fenecer caminas.
¿No adviertes qué medrada está la yedra
amortajando cuerpos derribados?
mas quién, en tal acción, Cecilio, no medra
Todo yace a los días reiterados:
Esta verdad, aquellos torreones
te persuaden mudos y mudados.*

Esos versos, escritos con bien ajeno propósito de hacer historia nos dicen con su laconismo que las ruinas de que hablamos eran monumen-

tales: cuerpos caídos y amortajados por frondosas yedras; edificios allanados, más numerosos que las encinas que les daban sombra, torreones mudados de su altiva y pasada grandeza que silenciosos recuerdan lo inestable de las glorias humanas; todo como, en fin, aparece ante los ojos del poeta como grandioso sepulcro de una populosa ciudad.

Veamos ahora lo que nos dice el Padre Capuchino fray Narciso García Montero que escribió, por los años de 1750 una "Historia de Cabra" (2). No contento este autor con el antiquísimo y noble origen de la Egabro romana se echa a discurrir buscándole más preclaro abo-lengo y cuando da, en el Monte Horquera, con las grandiosas ruinas de que nos venimos ocupando, cree de buena fe que aquellos monumentales restos son los que cuadran y convienen al primer asiento de Cabra y dice de este modo:

"Más parece serlo un lugar que en aquellos tiempos había a la falda del Monte Horquera, dos leguas y media de Egabro, llamado Carचना, del cual sitio han sacado y sacan, para calificación de esta verdad. los agricultores muchas columnas, basas, capiteles, portadas, cornisas y otras muchas piezas labradas a la disposición de este arte, descubriendo sepulcros, bancales y cimientos de fábricas suntuosas, de donde se prueba haber sido lugar poblado."

El P. Narciso García, como el poeta Colodrero, que no se ocuparon, ciertamente, para nada de buscar a Munda, son los que, inconscientemente, quizás nos habrán conservado su memoria, como se desprende de esos testimonios tan sencillamente emitidos pues, es muy de creer que la celeberrima ciudad tuviera su asiento en esas faldas del Monte Horquera donde pudieron admirarse tantos siglos después sus magníficos restos y que, aún hoy, pueden contemplarse reducidos a más pequeñas proporciones.

Dijimos más arriba que el P. Ruano y otros historiadores que sin duda tuvieron noticia o vieron por sus ojos esos monumentales restos opinaron, sin fundamento, que eran los de Soricaria y que nosotros habíamos admitido como buena esa opinión, sin comprobarla, en nuestra "Historia de Buena". Hoy nos pesa de ello y vamos a rectificar, en pocas palabras, tan equivocado juicio.

Ningún historiador ni geógrafo antiguos cita el nombre de Soricaria. Solamente Hircio nos dice que, cuando los dos ejércitos se hallaban acampados en las márgenes del Guadajoz vinieron un día a avistarse junto a Soricaria. "Empezaron los nuestros, dice el guerrero historiador, a abrir trincheras y viendo Pompeyo que se le cortaba la comunicación del fuer-

te de Aspavia, distante cinco millas de Ucubi, se vió en precisión de dar la batalla. Mas no se aventuró a ella en campo raso sino que desde una altura que ocupaba quiso ganar otra más elevada aunque para esto había de pasar por un paraje nada ventajoso por lo que dirigiéndose los dos ejércitos a ocupar aquella altura fueron batidos por los nuestros los enemigos y echados de todo el llano. Como ellos se retiraban por todas partes, se hizo gran matanza, salvándoles más que su valor la montaña, y aun de este auxilio se les privara enteramente, aunque en inferior número, si no hubiera sobrevenido la noche. Murieron de su infantería ligera 324 soldados y de los legionarios 138, además de otros muchos cuyas armas y despojos se trajeron a los reales”.

Estas son las únicas noticias que tenemos de Soricaria las cuales, no prueban, en manera alguna, que se trate de una población pero, aun siéndolo, carecía de importancia y nunca pudo dejar tras sí ruinas tan extensas y monumentales como las del Monte Horquera que ya hemos descrito. De todos modos, Soricaria, fuera o no pueblo, estaba al lado de los campamentos del Salso, pues así se desprende de todo el pasaje, que dejamos transcrito y especialmente de la circunstancia que obligó a Pompeyo a atacar a sus contrarios: el cortarle la comunicación con su fuerte de Aspavia, que solo distaba cinco millas de Ucubi. Tanto Soricaria como Aspavia y Castra Postumiana que se han tomado por mucho como pueblos no fueron, especialmente las dos últimas, porque así lo confirma Hircio, otra cosa que unos fuertes provisionales de campaña, levantados por César y Pompeyo como auxiliares de sus ejércitos, y de ahí que, aparte el libro de la Guerra de España, no se mencionen por ningún historiador ni geógrafo antes ni después de los sucesos que narramos Cosas parecidas han pasado y pasan en todas las campañas del mundo.

Mucho pesan en nuestro ánimo las razones expuestas en este corto trabajo para no admitir la creencia de que la batalla de Munda se dió en los Llanos de Vanda y que el asiento de la desdichada ciudad fueron las faldas inmediatas del Horquera que descenden desde la Torre del Puerto al arroyo Carchena. Veremos si la epigrafía o los descubrimientos arqueológicos vienen después en nuestro auxilio, confirmando, de una manera absoluta e indubitable, nuestro juicio que aún no nos atrevemos a presentar ante los doctos como verdad demostrada.

F. V. P.